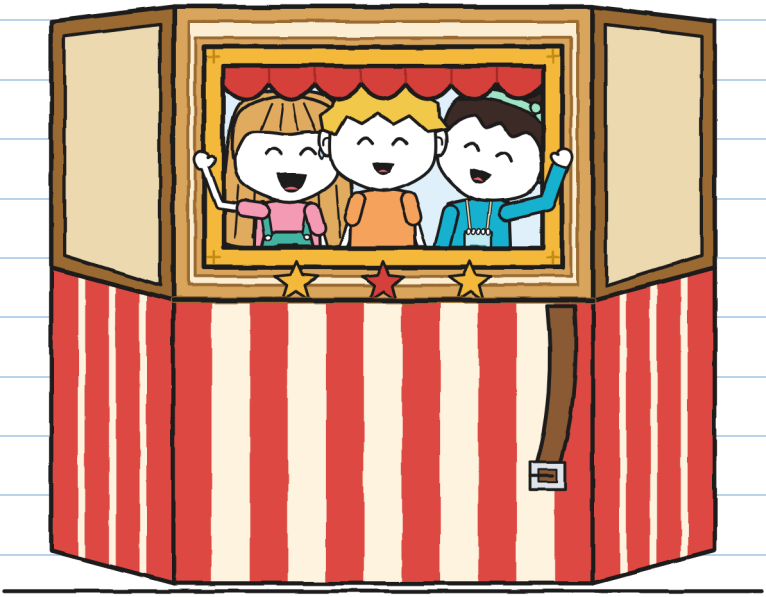
ENTREGAS IMPOSIBLES · 6

Un sitio para tres

LinguAula



(el cuaderno de Guni)

TALLA S
Nivel inicial · 7+

ENTREGAS IMPOSIBLES · 6
Un sitio para tres

Texto e ilustraciones: LinguAula

TALLA S · Nivel inicial · 7+

Primera edición: 2026

© 2026 LinguAula · info@linguaula.com

Fotocopiable libremente, para clase y para casa.

Sexto libro de la serie. Los anteriores: «Este paquete muerde», «No abrir antes del trueno», «Devuelto, por favor», «¡Aquí no, Miga!» y «Una tarta para dos».

LinguAula

Trabaja cada capítulo en linguaula.com



Se lleva entre tres. Yo ya tengo asa. —J.



Compartido. Cabemos. —J.

Si lo encuentras, devuélvelo plegado.

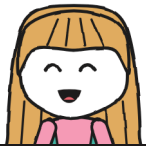


Este sello marca lo que solo pasa en el cuento. Los dragones de verdad no existen. Los paquetes no vuelven volando. Para un traslado de verdad, mira la página 76. —J.

QUIÉN ES QUIÉN



Guni. Mide en centímetros. Esta semana cuenta también otra cosa.



Julita. Se sabe el camino. Explicarlo es otro asunto.



Noa. Amiga de Julita desde antes. Mide en pasos: los lleva siempre puestos.



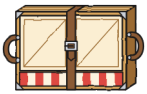
Irene. Lleva el taller de teatro. No dice por dónde: dice «alto».



Toño. De RAYO y de la tienda. Cronometra y no opina. Casi.



Mara. Presta el paquete. La caja no la suelta.



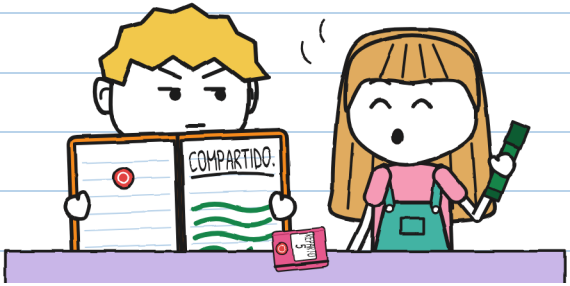
El n.º 6. Un teatro que cabe en una caja. Si nadie sujeta la correa, se abre donde quiere.



R. Remitente. Esta vez dejó una línea en un inventario.

CUADERNO DE REPARTO 6
de Guni

COMPARTIDO.



El cuaderno 5 acabó con dos agujas en un reloj. Este es naranja, como una mandarina. También lleva el sello de la tienda.

En la primera página escribí una palabra. Dejé media página libre, por si acaso. No estuvo libre ni un minuto.

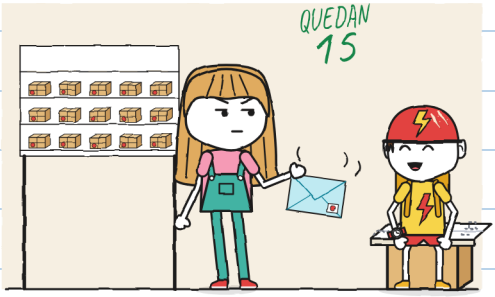
Yo he compartido la primera página con mi letra. —J.

CAPÍTULO 1

¿Por qué hacen falta tres?

El lunes salí del colegio. Julita me esperaba en el mostrador con un sobre en la mano. No era verde ni azul. Era turquesa y estaba cerrado.

—Lo ha traído el cartero. Pone «A la tienda Entregas Imposibles». Llevo un rato sin abrirlo.
—¿Cuánto rato?
—Veintiocho minutos —dijo Toño desde su caja, mirando el reloj—. Récord del barrio.

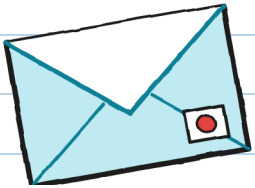


No era mío. Los sobres que no son míos pesan el triple. —J.

Mara lo abrió con una uña.

Soy Irene, la responsable del taller de teatro del centro vecinal.
Al poner al día el inventario he encontrado una línea:
«Teatrillo plegable: pendiente de recibir».
¿Lo tienen ustedes?
El sábado 31 es la gincana del barrio.
Si el teatrillo llega plegado a nuestro patio,
llevado por un equipo de tres, lo firmo allí mismo.
En el equipo de Noa hay sitio para tres y, de momento, solo está ella.

Julita: ¡soy yo! Ahora hago teatro.
Tráete a alguien que sepa de paquetes. –Noa



«Alguien que sepa de paquetes». Ese era yo. Me gustó «paquetes». «Alguien», menos.

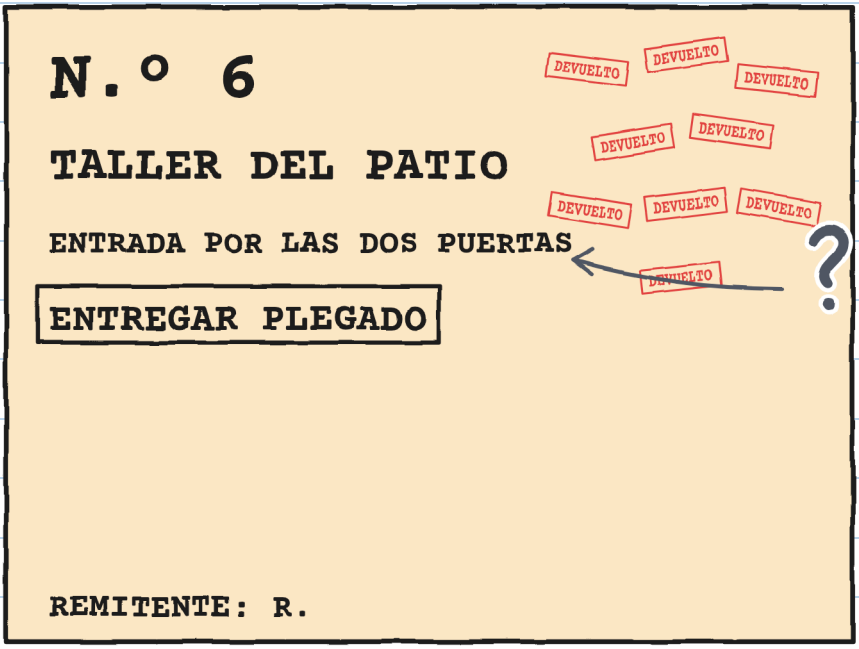
A las cinco llegaron Irene y Noa. Irene llevaba una carpeta, un chaleco con bolsillos y un silbato en el cuello. Noa llevaba una libreta colgada y un lápiz turquesa detrás de la oreja.

Julita y Noa se abrazaron mucho rato. Me dio tiempo a medirlo: once segundos. Yo me quedé a un lado con el cuaderno. Un cuaderno sirve también para eso: para tener algo en las manos.

—Este es Guni —dijo Julita—. Sabe de paquetes.
—Hola, Guni que sabe de paquetes —dijo Noa. Y apuntó mi nombre en su libreta.



Mara subió al taburete y bajó el n.º 6 de la balda, el estante. Una caja como todas.



—Nueve sellos —dijo Julita.
—«Las dos puertas» —leyó Noa—. ¿Qué dos puertas?

Irene no lo sabía. Mara, tampoco. Yo lo apunté con un signo de interrogación.

—Lo llevé nueve veces —dijo Mara—. Los lunes me abría el grupo de costura. Los miércoles, el coro. Los viernes, el ajedrez. «¿El taller? Aquí no es.» Nadie firmaba por un taller.
—El teatro ensaya en el patio —dijo Irene—. Allí no hay timbre.

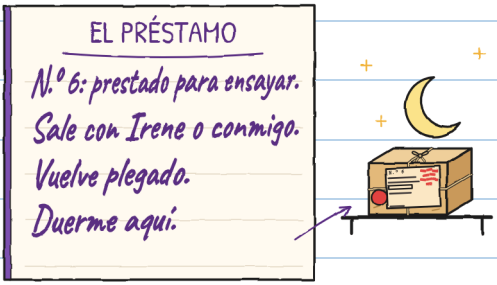
Irene abrió la carpeta y enseñó a Mara una hoja con sello.

—Ahora el taller está en el registro: «Taller de teatro. Responsable: Irene». Ya firma alguien.



—Ahora que hay quien firma, ¿por qué no lo lleva Mara en su caja? —preguntó Julita.
—En mi caja ya lo llevé nueve veces —dijo Mara—. Ahora las condiciones las pone quien lo recibe.
—Un teatrillo plegable es para llevarlo por las plazas —dijo Irene—. Mis niños tienen que poder con él por la calle. Si no pueden, no me sirve. Y no firmo lo que no me sirve.

—Eso lo oí en una panadería —dijo Mara. Apuntó las condiciones en su libro de entregas. La etiqueta se queda en la caja. La caja, con Mara.

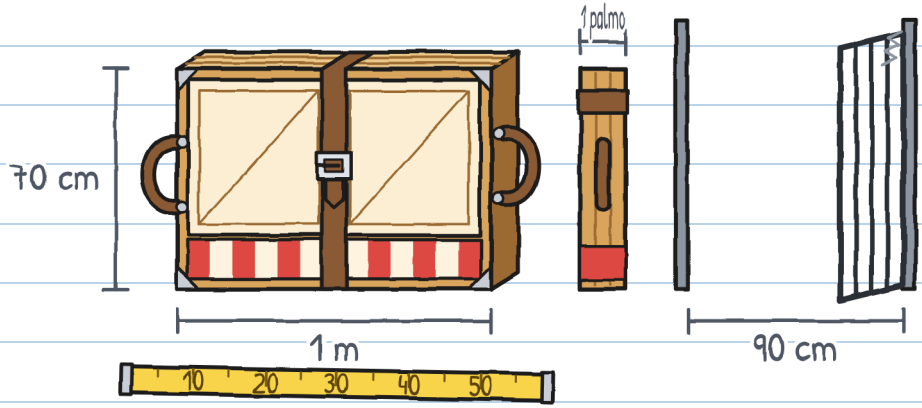


Duerme en su balda. Al amanecer no vuelve de ningún sitio. Sigue en nueve sellos. Lo pregunté. —J.

El martes fuimos al patio del centro vecinal. Se entra desde la acera por una cancela de hierro. Se cierra sola.

Mara puso la caja en el suelo y quitó la tapa. El teatrillo salió y creció, como el soporte de Elia. Yo ya no me asusto. Saco la cinta.

MEDIDAS DEL N.º 6

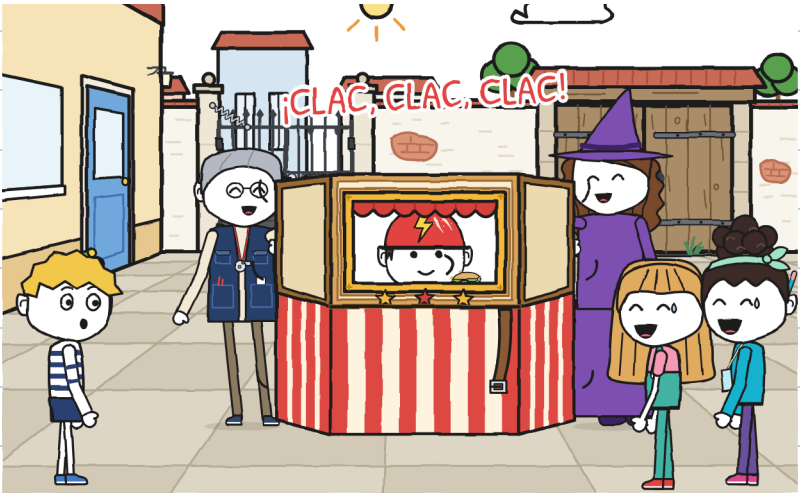


De lado, cabía por la cancela. Eso era lo fácil.

Irene quiso ver si estaba entero. Soltó la correa y giró el fardo. Los paneles se abrieron solos, por su peso: clac, clac, clac. Era un escenario con tres paredes, un telón corto y una ventana con marco al fondo.

Por la ventana se veía a Toño. Pasaba con un bocadillo. Tenía la boca llena y no pudo saludar.

—Está entero —dijo Irene—. Regla del taller: las manos, en las asas. Nunca en las bisagras. Y en cada giro, alguien sujeta la correa.



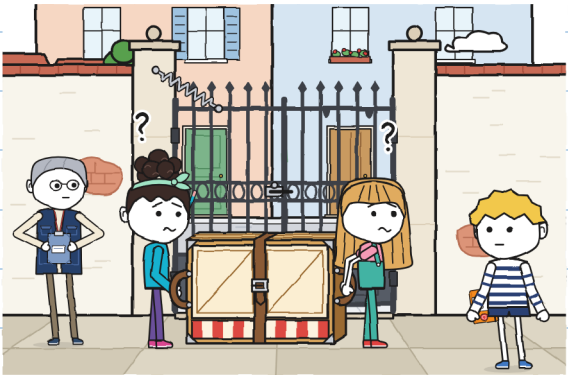
Irene y Mara lo plegaron y abrocharon la correa.

—Probamos nosotras —dijo Julita. Noa ya estaba en la otra asa.

Contaron hasta tres y lo levantaron. Pudieron. Dieron una vuelta al patio. Llegaron a la cancela. Estaba cerrada.

Julita la miró. Noa la miró. Tenían cuatro manos y las cuatro estaban ocupadas.

Yo estaba a dos metros, con las manos libres y un cuaderno.



Sujeté la cancela con la espalda. Pasaron. Irene apuntó algo en la carpeta.

Esa tarde inventé el aparato de este cuaderno.

EL MEDIDOR DE TRES

quién hace qué en cada tramo

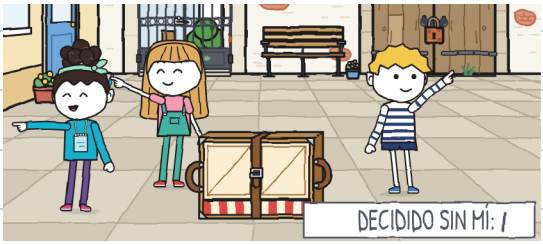
	CARGAR 	ORIENTAR 	ABRIR PASO 
patio, primer intento	Julita y Noa	Julita y Noa	
patio, segundo intento	Julita y Noa	Julita y Noa	Guni

Dos nombres repetidos y una casilla vacía: no se pasa. Con las tres llenas, sí.

Y apunté otra cosa, más pequeña: «Una cancela también la sujeta una piedra».

Faltaba entender la etiqueta.
—Las dos puertas son las dos hojas de la cancela —dijo Julita.
—Hay que abrir las dos —dijo Noa.
—Antes podemos medir la tapia —dije yo.
Señalamos los tres: Julita, la cancela; Noa, la sala; yo, la calle.
—Luego —dijeron las dos.

Fui yo solo. Detrás de la tapia encontré una cosa. Cuando volví, se reían de algo de cuando yo no estaba. Abrí la boca.
—Ya está decidido, Guni —dijo Julita—. Son las dos hojas.
Cerré la boca. Y el cuaderno.



Esa rayita la vi dos días después. Era mía. —J.

CAPÍTULO 2

¿Quién conoce el camino?

El miércoles era el primer trayecto: de la tienda al patio, por la calle. Cuando llegué, el medidor ya estaba completo. En verde.

—Tú y Noa cargáis —dijo Julita—. Yo oriento: me sé el camino. Y como voy delante, abro paso.
—Lo hemos pensado de camino —dijo Noa.

En verde no se borra. Segunda rayita.

EL MEDIDOR DE TRES

	CARGAR	ORIENTAR	ABRIR PASO
patio, primer intento	Julita y Noa	Julita y Noa	
patio, segundo intento	Julita y Noa	Julita y Noa	Guni
tienda → patio	Guni y Noa	Julita	Julita

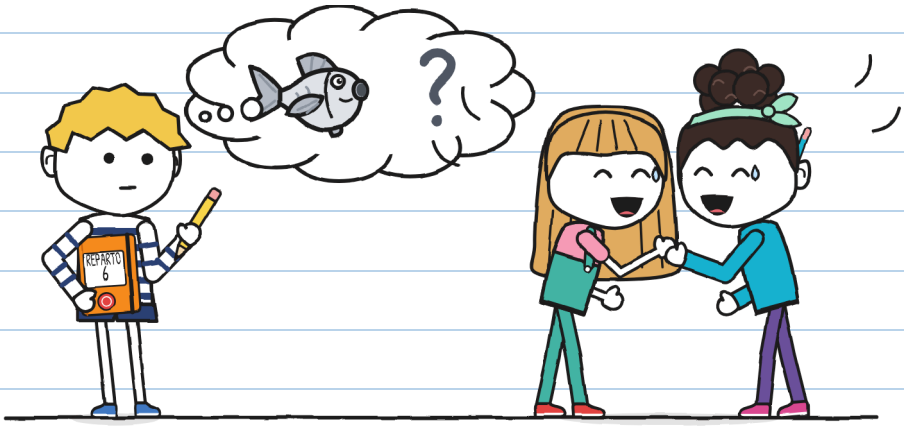
DECIDIDO SIN MÍ: II

—Antes de salir, ¿hacemos un plano? —dije—. Con los giros numerados.
—No hace falta plano —dijo Julita—. Es todo recto hasta el pez cojo.

Noa empezó a reír. Julita, también.

—¿Qué pez?
—El pez cojo es el pez cojo —dijo Noa.
—Es una historia larga —dijo Julita.
—Y muy buena —dijo Noa.

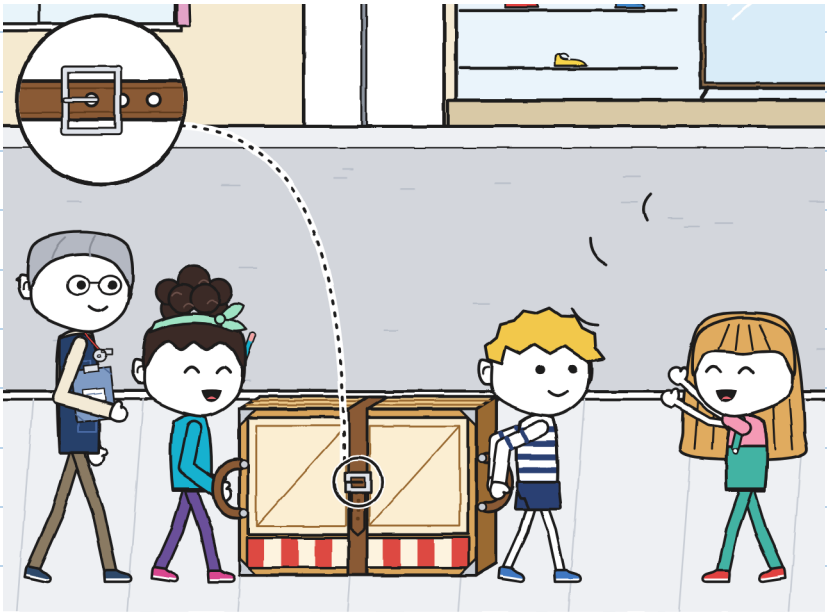
No me la contaron. Tercera rayita.



Mara sacó el teatrillo de la caja en la puerta de la tienda. Noa abrochó la correa en el primer agujero.

—Así se suelta antes en el patio.

Yo iba delante y Noa, detrás. Delante se ve la calle. Detrás solo se ve teatrillo. Irene iba la última, con la carpeta y el silbato. No decía por dónde. Decía «alto» en cada bordillo.

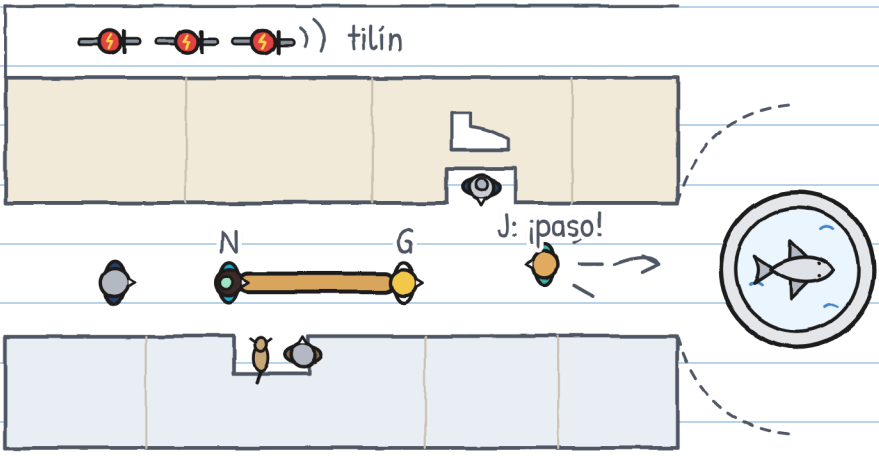


Julita abría paso muy bien.

—¡Paso, que va un teatro!

La zapatera salió a la puerta a mirar. Un señor con un perro esperó en un portal. Lejos, al otro lado del barrio, sonó una campanilla. Tilín.

—RAYO ensaya su prueba —dijo Noa—. Ellos van en bici, con un sobre. Nosotros, a pie, con esto.
—Con esto no se corre —dijo Irene.

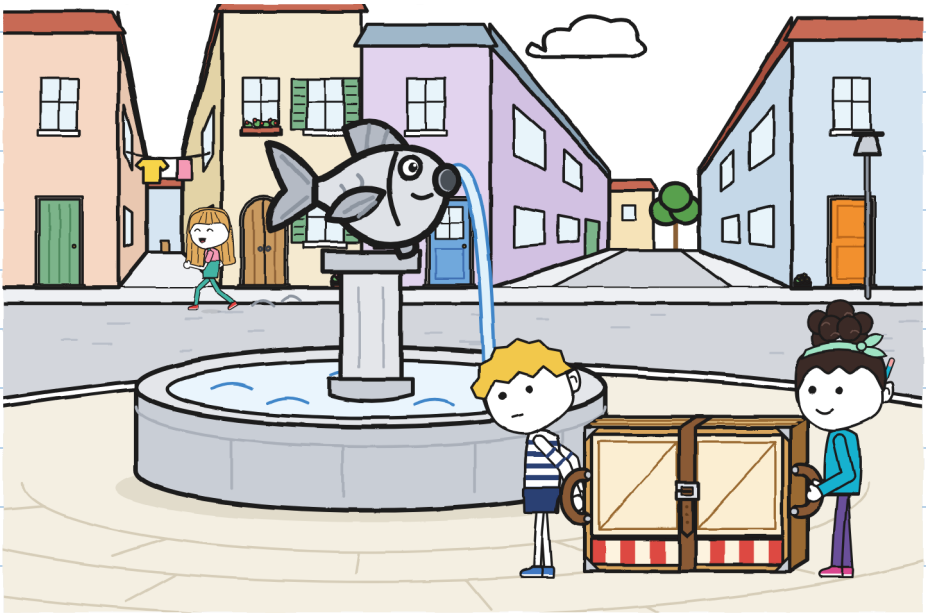


Llegamos a la plazuela de la fuente. Julita se volvió y gritó la indicación. Luego corrió hacia el centro para sujetar la cancela.

—¡Hasta el pez cojo y torcer!

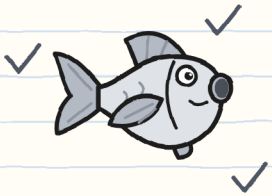
Y ya no estaba.

En medio de la fuente hay un pez de piedra. Lo miré bien. Desde mi lado tenía todas las aletas.

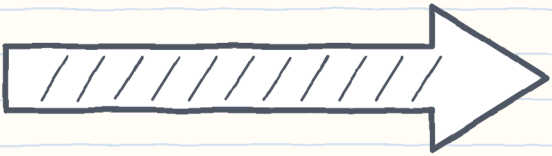


Pensé deprisa. No es lo mío.

Pez de la fuente: aletas a la vista, todas.
No es cojo.
Habrá otro pez.



Torcer: ¿a qué lado?
Izquierda, calle estrecha.
Derecha, calle ancha.
Un teatrillo va mejor por lo ancho.



—¿Tuerzo ya? —pregunté hacia atrás.
—¡En el pez cojo! —dijo Noa desde detrás del teatrillo.

Seguí buscando otro pez. No había. Torcí a la derecha.

Nadie dijo «giro». Nadie sujetó la correa. La hebilla del primer agujero aguanta poco.
Clac. Clac. Clac.

Los paneles se abrieron despacio, uno tras otro, alrededor de Noa. Irene tocó el silbato. Luego, en medio de la calle, había un teatro. Y dentro, Noa.
—Hola —dijo por la ventana.

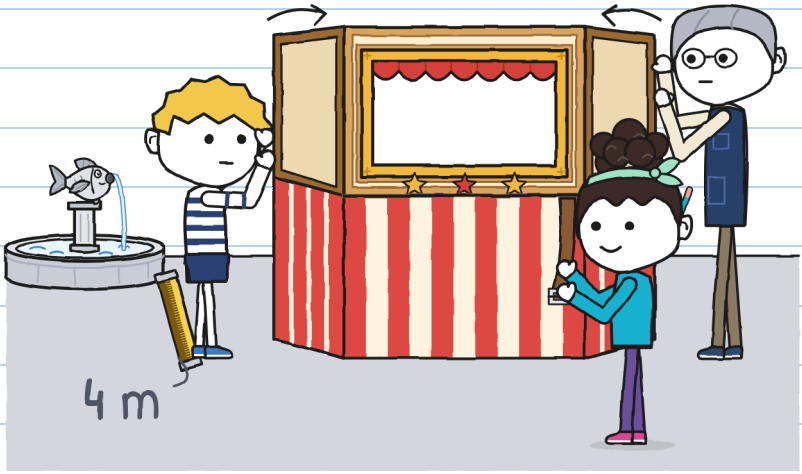


Irene miró las manos de Noa. Luego, las mías. Todas estaban enteras. Los paneles pesan poco y se abren despacio.

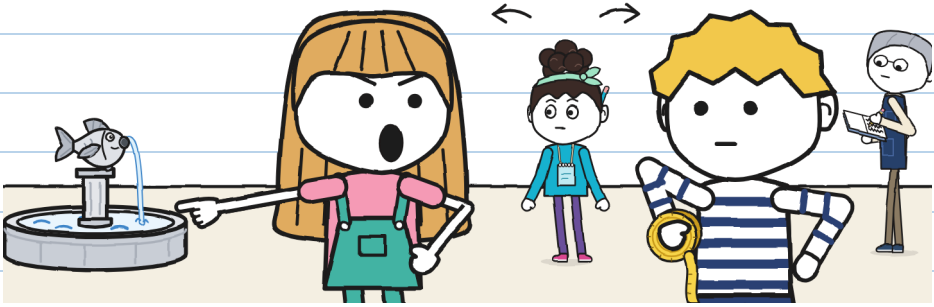
—¿Quién orientaba? —preguntó.

Nadie contestó. Orientaba Julita. Sujetaba una cancela, dos calles más allá.

Irene y yo plegamos el teatrillo con las manos en los largueros de madera. Medí: de mi pie a la fuente, cuatro metros.



Julita volvió corriendo.
—¡Pero si era en el pez cojo!
—¿Qué pez cojo?
—¡Ese! A la izquierda. Como siempre.
—«Siempre» es de cuando yo no estaba.
Julita se volvió hacia Irene.
—Es que Guni se ha perdido.
Yo no estaba perdido. Sabía dónde estaba: a cuatro metros de la fuente. Lo acababa de medir.
Eso también lo decidieron sin mí. Cuarta rayita.



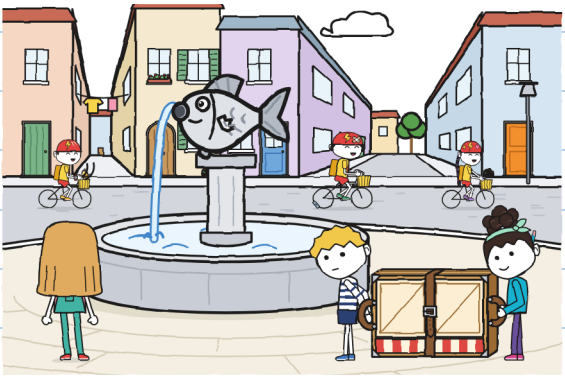
Lo dije en voz alta y delante de gente. Lo sé. —J.

Me enseñaron el otro lado del pez. Le falta una aleta, la de la izquierda. Para notarlo hay que saber que falta.

Repetimos el giro. La primera vez dije «giro» muy pronto. La segunda, muy tarde. La tercera salió, pero nadie hablaba.

Entonces pasó RAYO por la calle: Zoe, Bruno y Toño, en fila, con las manos en el manillar. Tilín en la esquina. Dieron la vuelta a la fuente sin frenar y sin tocarse.

—Estación uno, a la primera —dijo Toño pasando.



Llegamos al patio casi de noche. Mara guardó el teatrillo en su caja y la llevó a la tienda.

Apunté lo de hoy en el medidor. Las tres casillas tenían nombre. Y se nos abrió un teatro en la calle. Al medidor le faltaba algo. No supe qué.

EL MEDIDOR DE TRES

	CARGAR 	ORIENTAR 	ABRIR PASO 	
tienda → patio	Guni y Noa	Julita	Julita	
tienda → fuente	Guni y Noa	Julita	Julita	se abrió · repetido 3 veces

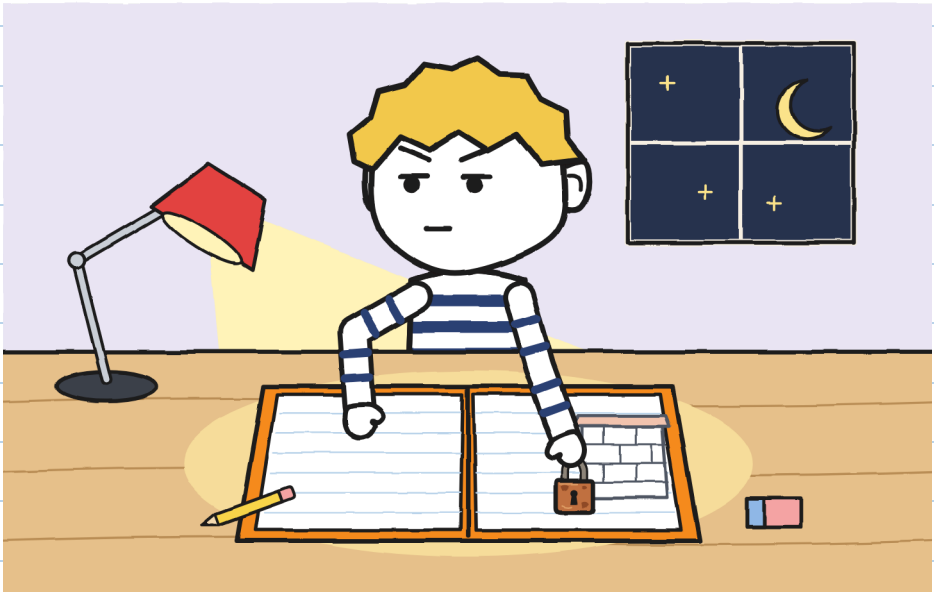
?

Mi nombre sale dos veces en esa fila. Y yo no estaba en ninguna de las dos. —J.

En casa dibujé, en la última página, lo que encontré el martes detrás de la tapia. Lo tapé con la mano, aunque estaba solo.

Pensé: «Mañana fallan otra vez. Entonces lo saco».

Me pareció un buen plan. Hasta tenía hora.



Esta página la leí el jueves. No me gustó. La mía del miércoles, tampoco. —J.

CAPÍTULO 3

¿Sirve el plano de Guni?

Esa noche hice el plano entero. El patio visto desde arriba, la tapia medida, la cancela, la fuente, los tres tramos. Y, detrás, lo del martes.

Me salió un plano muy bueno. Lo doblé en cuatro y lo guardé dentro del cuaderno.



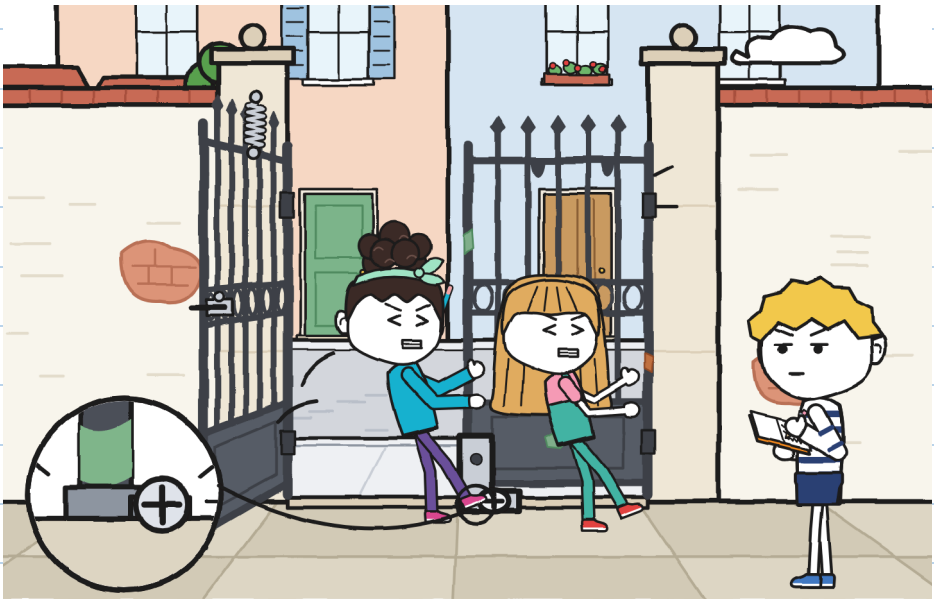
El jueves, en la tienda, Noa contaba pasos.
—De la puerta al bordillo, seis pasos. Del bordillo a la farola, once.
—Eso se mide con cinta —dije.
—Yo mido en pasos. Los llevo siempre puestos.

Medí un paso de Noa: cincuenta y ocho centímetros. Ella lo apuntó en su libreta. Yo, en mi cuaderno. Julita nos miraba. Éramos dos relojes con la misma hora.
Pensé que Noa iba a ser otra Julita. No lo es.
Noa cuenta.



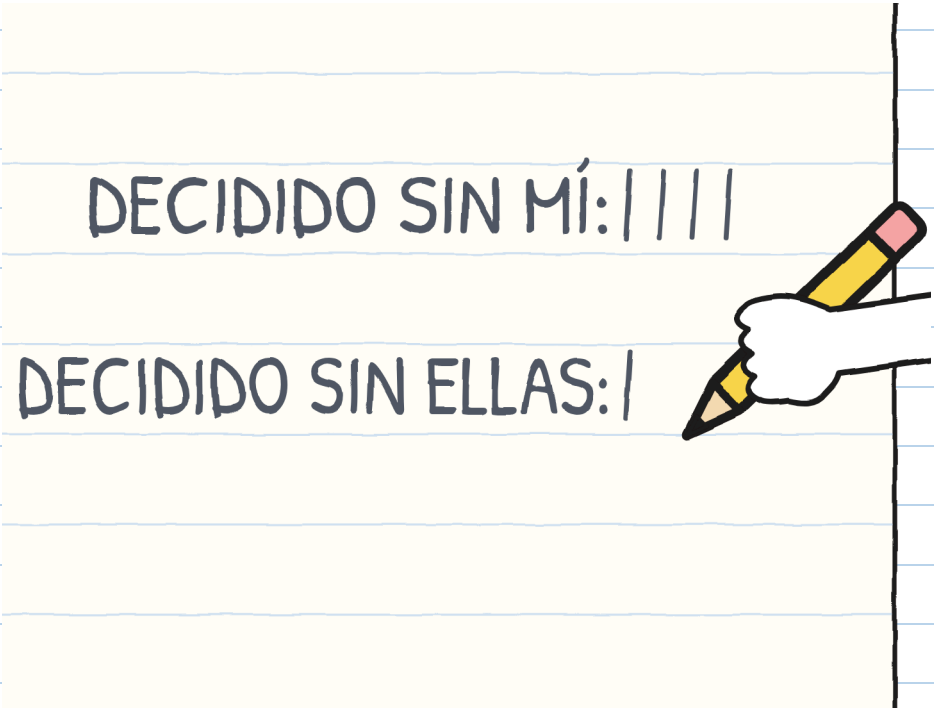
Fuimos al patio con Irene. Julita y Noa querían probar su idea: abrir las dos hojas de la cancela. La primera hoja se abre y se cierra sola. La segunda no se abrió. Está pegada de pintura y clavada al suelo con un tornillo.

—Pues entonces la etiqueta está mal —dijo Julita.
—Seguro —dijo Noa.
Lo decidieron en dos segundos. Saqué el lápiz para la rayita. Era la quinta.



No la hice.

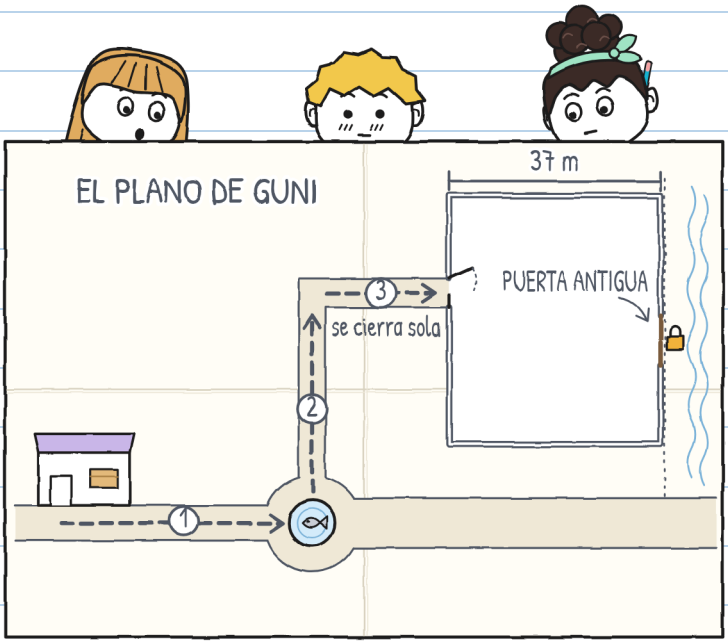
Miré la fila de rayitas. Faltaba una, la mía. El martes, detrás de la tapia, decidí algo sin preguntar a nadie. Decidí callarme.



—La etiqueta no está mal —dije. Lo dije más alto de lo que quería—. El patio tiene otra puerta. Está detrás, en el callejón del canal. Es vieja y tiene un candado. La encontré el martes.

Saqué el plano y lo desdoblé encima del teatrillo.

—¿El martes? —dijo Julita.
—El martes. Lo guardé para tener razón después.



Nadie dijo nada un rato. Lo medí: fue largo.
—Vale —dijo Noa. Y copió la puerta en su mapa.
Julita no dijo «vale». Movía un pie.
—Ayer nos hacía mucha falta.
—Ya.

En el patio no hay dónde esconderse. No lo busqué.
Me quedé con el plano abierto.

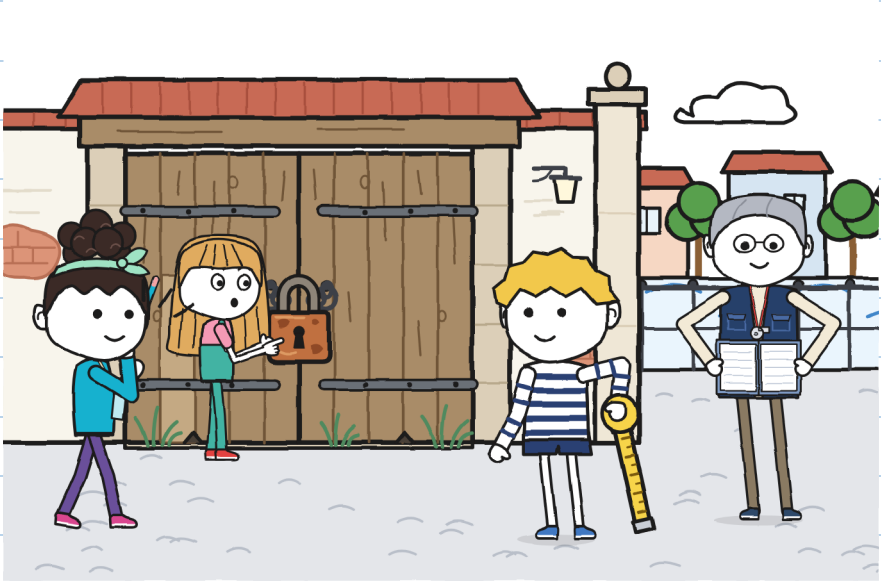


No dije «vale» porque no era verdad todavía. —J.

Fuimos a ver la puerta con Irene. Noa contó la tapia: sesenta y cuatro pasos. Yo la medí antes: treinta y siete metros. Salía lo mismo.

La puerta antigua es de madera, de dos hojas, ancha como la cama de un gigante. El candado tiene más óxido que candado.

—Lleva años cerrada —dijo Irene—. Yo siempre la he visto así.



Irene buscó en el registro del centro. Encontró una hoja amarilla.

—Aquí está. Cuando se usaba esta puerta, se entraba por dos sitios: la cancela o aquí. Llamaban al patio «el de las dos puertas». Y de todos los grupos, solo el teatro ensaya en el patio.

—Entonces la etiqueta no es una adivinanza —dijo Noa.

—Es una dirección —dije yo.

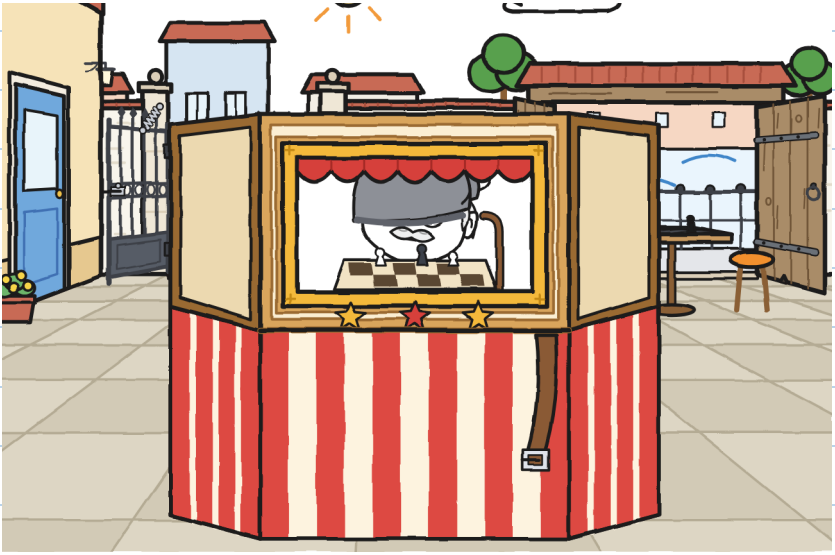
«Taller del patio. Entrada por las dos puertas.» Estaba bien escrita. Solo era vieja.



Mara dijo luego que vio ese candado nueve veces. Pensó que una puerta cerrada no contaba. —J.

La llave estaba en la carpeta, en un sobre: «Puerta antigua. No perder». Irene abrió el candado. La puerta hizo un ruido de barco.

En el patio, los del ajedrez tenían las mesas al sol. Irene abrió el teatrillo en medio. Quería ver cuánto sitio dejaba entre las dos puertas. Dejaba de sobra.
Por la ventana del teatrillo se veía a don Antonio, con la boina sobre los ojos. Estaba pensando una jugada. Roncaba un poco.



—El sábado abro las dos —dijo Irene—. Las bicis entran por la antigua, desde el callejón. Quien carga a pie, por la cancela. Así no se cruzan.
—Pero la antigua es más ancha —dijo Julita—. Y no se cierra sola.
—La cancela es la vuestra. Si el taller lleva el teatrillo a una plaza, hay puertas peores.
Julita abrió la boca. Miró a Noa. Me miró a mí.
—¿Tú qué dices?
Era la primera vez en toda la semana. Lo apunté con la fecha.



Dije que la cancela, pero con ensayo. Noa, lo mismo. Julita dijo que vale. Esta vez era verdad a medias.

Después arreglamos el medidor. Sus tres casillas no servían para lo del miércoles ni para lo mío.

EL MEDIDOR DE TRES (CON CUATRO)

	CARGAR 	ORIENTAR 	ABRIR PASO 	AVISAR 
patio, segundo intento	Julita y Noa	Julita y Noa	Guni	Guni, no
tienda → fuente	Guni y Noa	Julita	Julita	*nadie*

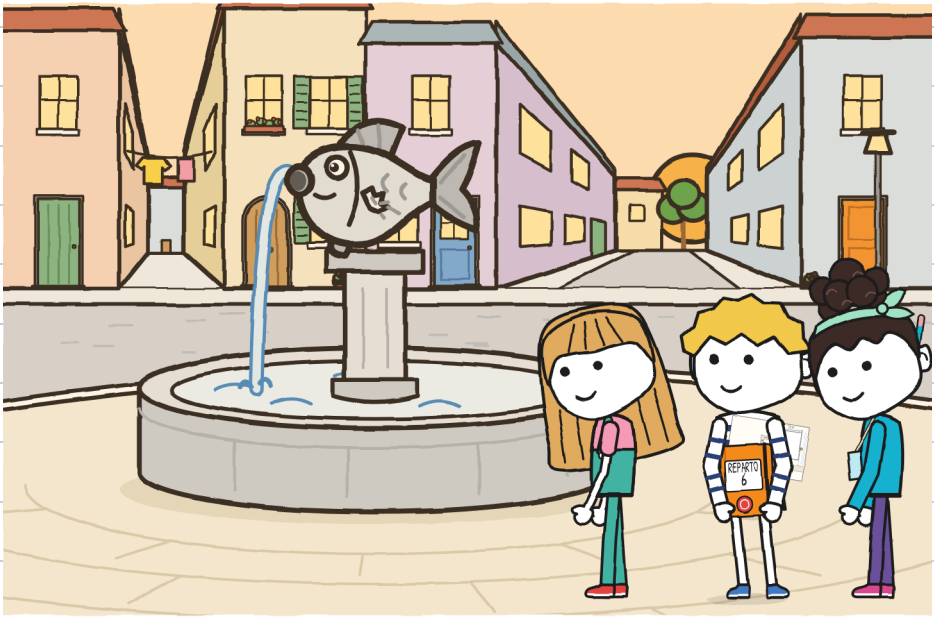
 AVISAR: decir lo que uno sabe

El medidor de tres tiene cuatro casillas. No me quejo. La cuarta es la que más me cuesta. —J.

Volvimos por la fuente. Me paré delante del pez, por su lado cojo.

—¿Me contáis la historia?
—Es larga —dijo Julita.
—El sábado —dijo Noa—. Si llegamos.

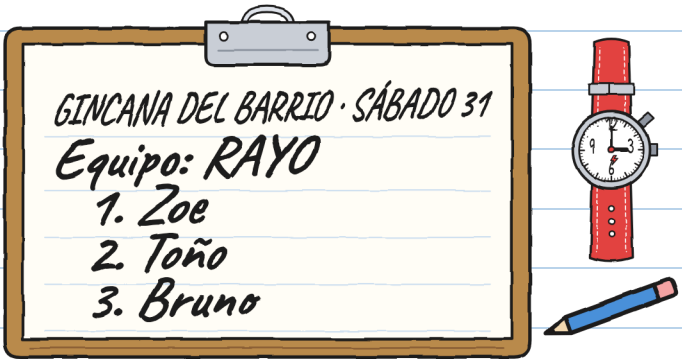
No era un no. Guardé el plano en el cuaderno, esta vez sin doblar. Medio plano asomaba.



CAPÍTULO 4

¿Puede dirigir cualquiera?

El viernes Toño vino a la tienda. Traía el reloj, un lápiz y la hoja de RAYO.



—La escribió Zoe —dijo—. Bruno le dijo su nombre: «Bruno, con be».

—¿Y Zoe?

—Escribió Bruno. Con be.

Toño se sentó en su caja y puso el reloj a cero.

—Hoy mido el tiempo. No opino. Apunto qué hay que repetir.

Idea de Noa: turnos. Tres tramos, y en cada uno orienta uno distinto. Idea mía: orienta y abre paso quien no carga. Los otros dos solo ven el teatrillo. Idea de Julita: empezar ya.

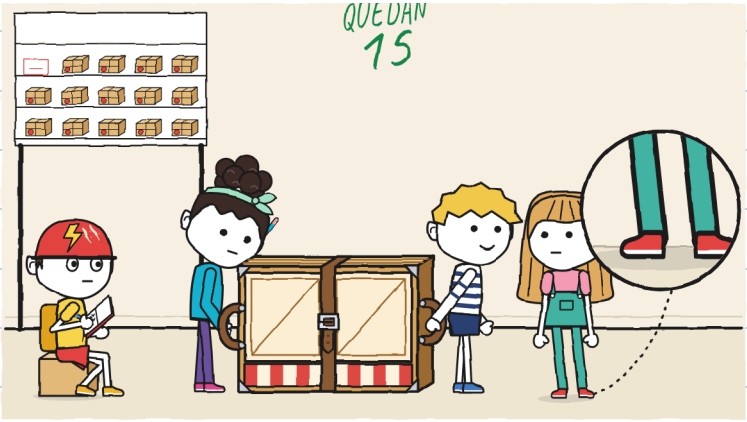
—¿Quién orienta el primer tramo?
Señalamos los tres a la vez. Cada uno señaló a otro.

Toño lo apuntó. Irene esperaba en la puerta, con la carpeta. Tampoco opinaba.



Antes de levantar el teatrillo, Julita dijo:
—Una cosa. El miércoles di una indicación que solo Noa entendía. Y luego dije: «Guni se ha perdido». No dijo más. No hacía falta: estaba todo.

—Vale —dije. Lo aprendí de Noa.
—¿De qué lado le falta la aleta al pez? —pregunté.
—Del izquierdo, según llegas. En la fuente, giro a la izquierda. Te aviso cinco pasos antes.
—Eso sí es una indicación.



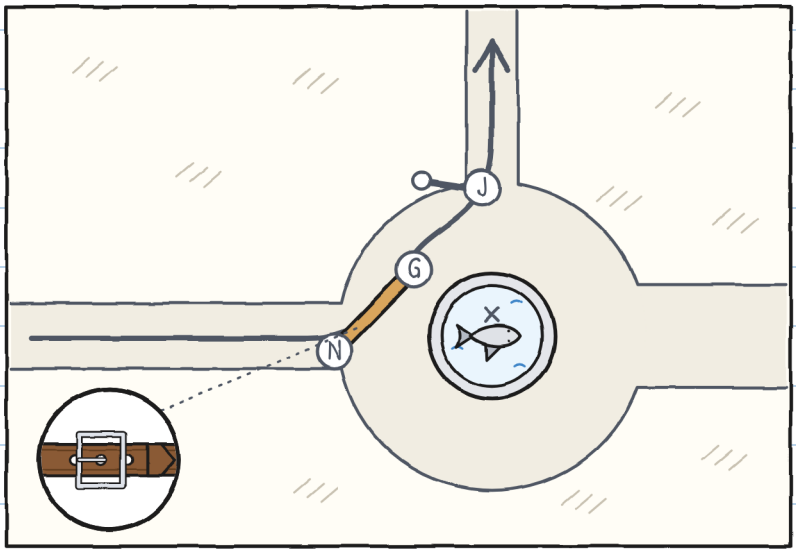
Los dos pies quietos. Compruébalo en el dibujo. —J.

Tramo uno. Noa abrochó la correa en el segundo agujero.

—Cinco pasos... ¡Giro a la izquierda!
—¡Correa! —dijo Noa. Y la sujetó.

Giramos alrededor del pez cojo. Parecía que lo hacíamos siempre. Ningún clac.

—Tramo uno: seis minutos —dijo Toño—. Repetido: nada.



Tramo dos, de la fuente a la esquina. Cargaban Julita y Noa. Orientaba yo.

Yo oriento así:

—Tres pasos. Alto. Bordillo. Sube. Dos pasos. Alto. Una señora. Buenas tardes. Pasa la señora. Cuatro pasos.

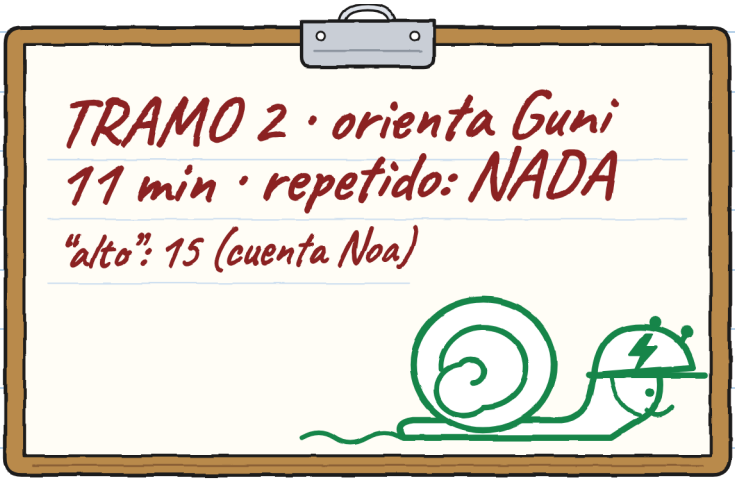
Julita iba delante, con su asa, callada. Su pie se iba hacia el camino corto. Ella lo devolvía a mi camino.



—Tramo dos: once minutos —dijo Toño—. Nunca he medido uno más lento. Repetido: nada.

Yo dirigía algo por primera vez. Y no hubo que repetir nada.

—Has dicho «alto» catorce veces —dijo Julita.
—Las he contado —dijo Noa—. Quince.
—Seis sobraban —dijo Julita—. Pero he parado en todas.



No discutí ninguna. Me dolían los dientes de apretarlos. —J.

Tramo tres, de la esquina al patio. Julita y yo cargábamos. Noa orientaba, con el mapa de la gincana. Irene dio uno a cada equipo.

Noa se paró a los veinte pasos, donde empieza el callejón del canal.

—No sale.

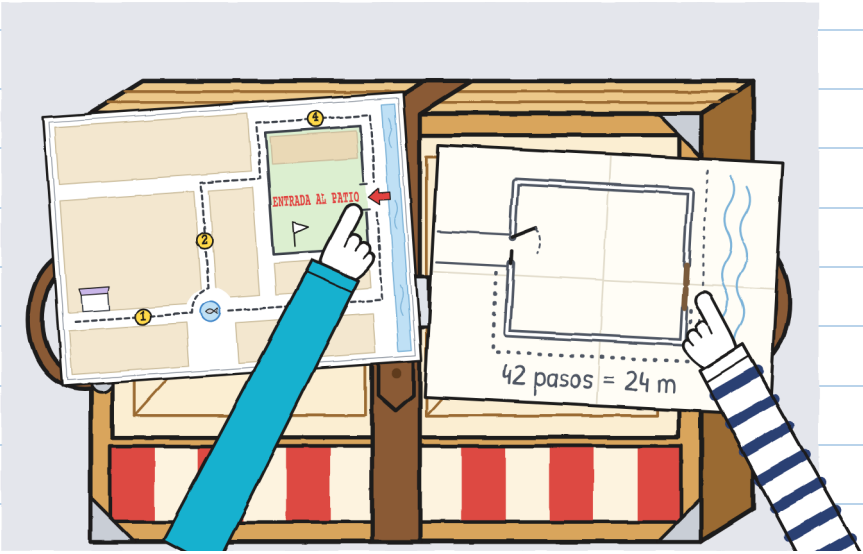
—¿Qué no sale?

—El mapa nos manda por aquí, a la puerta antigua. Nosotros entramos por la cancela, al otro lado.



Dejamos el teatrillo en el suelo. Primero se deja; luego se discute.
Puse mi plano junto a su mapa. El mapa solo tenía una entrada pintada. No era la cancela. Era la puerta antigua.
—Es un mapa viejo —dije—. Es de cuando se entraba por allí.

De allí a la cancela había cuarenta y dos pasos de Noa. O veinticuatro metros míos. Con sus pasos y mi cinta medimos todo el barrio.



—¿Se lo decimos a Irene? —preguntó Julita.
—Y a los demás equipos —dijo Noa—. Si no, los que van a pie entran por el callejón. Con las bicis.
Yo no dije nada. Estaba de acuerdo.

Irene corrigió los mapas, uno por uno, con un rotulador rojo. Toño miró el suyo.
—RAYO iba a entrar por donde decía el mapa.
—Vosotros entráis por ahí —dijo Irene—. Para las bicis, el mapa estaba bien. Por casualidad.



Volvimos a la esquina y repetimos el tramo tres, ahora hasta la cancela. Julita y yo cargábamos. Noa orientaba, abría paso y avisaba. Todo a la vez:

—¡Alto! ¡Sujeto la hoja! ¡Pasa!

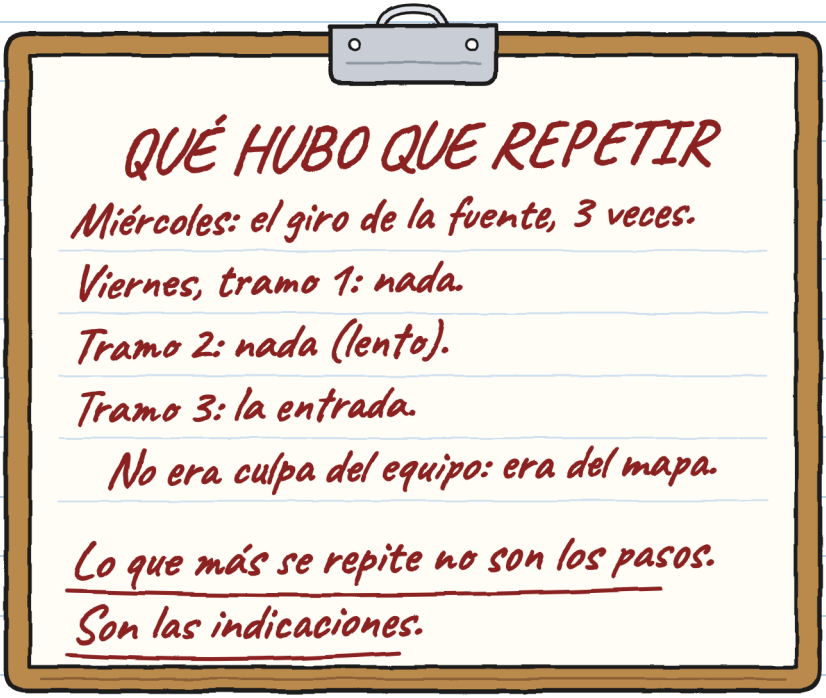
Pasamos. Rellené el medidor.

	CARGAR 	ORIENTAR 	ABRIR PASO 	AVISAR 
esquina → patio	Guni y Julita	Noa	Noa	Noa: "el mapa está mal"

Era la primera fila con todas las casillas llenas. La cuarta, la de avisar, la llenó Noa.

La cancela pesa. Noa la sujetó con la espalda, como tú el martes. Lo apunto yo. Tú no lo apuntas. —J.

Toño nos enseñó su hoja.



—Eso último es una opinión —dijo Julita.
—Es un dato —dijo Toño—. En RAYO, una dirección mal dicha cuesta dos veces: a la ida y a la vuelta.

Toño se puso el casco y se fue a ensayar. Tilín.

Por la noche, en la tienda, Mara guardó el teatrillo en su caja. Noa miró la hebilla.

—Mañana, en el tercer agujero. Cuesta soltarla, pero vale.

Abrí el cuaderno por la esquina de las rayitas. Hoy no hice ninguna. Conté cuatro desacuerdos. Los dije todos en voz alta. Gané uno.

DECIDIDO SIN MÍ: ||||
DECIDIDO SIN ELLAS: |

Viernes.
Desacuerdos: 4.
Dichos: 4.
Ganados: 1.



El que ganaste era el de dejar el teatrillo en el suelo antes de discutir. Ese te lo regalo. —J.

CAPÍTULO 5

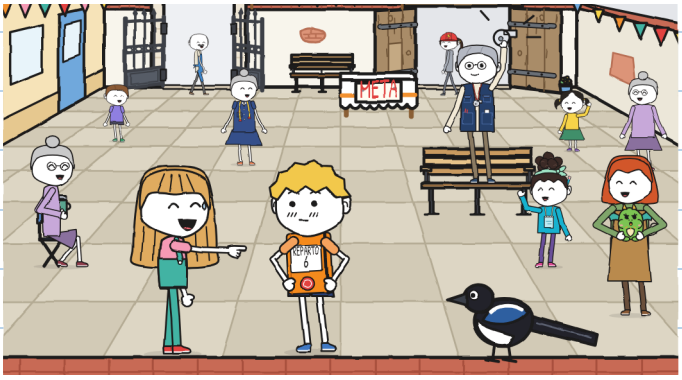
¿Importa llegar primeros?

El sábado me puse la camiseta naranja de los sábados.

—Combinas con el cuaderno —dijo Julita.

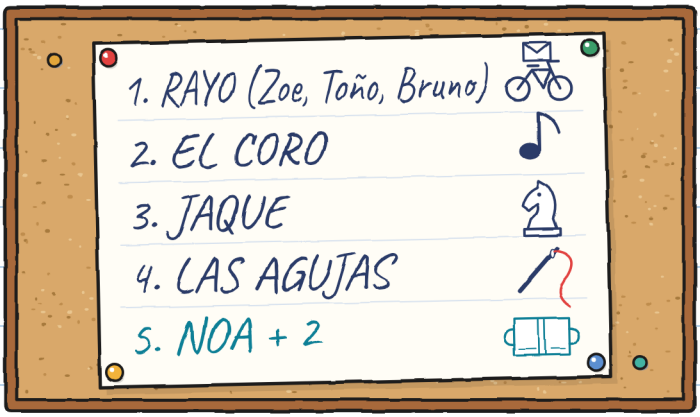
A las once, el patio tenía las dos puertas abiertas por primera vez en años. Entraba gente por las dos. Irene, con el silbato, dijo las reglas:

—Cada equipo trae su carga hasta aquí, por todas las estaciones. Con carga no se corre. Quien corre, repite el tramo. Quien no repite, gana tiempo.



Había cinco equipos. RAYO llevaba un sobre, en bici. El coro, un atril de música. El ajedrez, un tablero gigante. La costura, un maniquí sin cabeza.

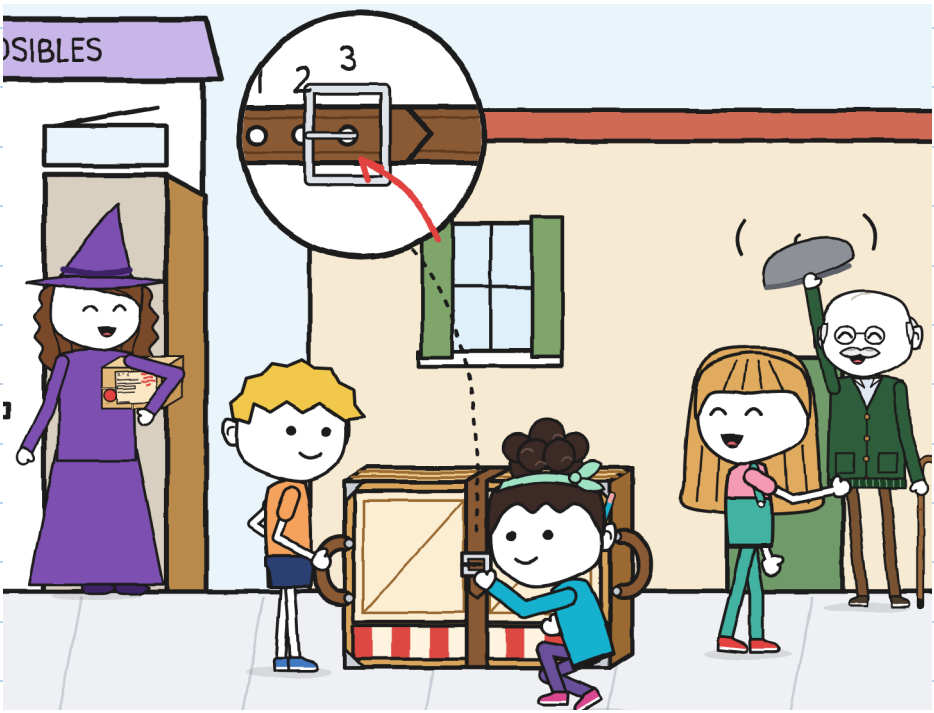
Noa apuntó el nuestro el lunes, antes de conocerme:



—Somos «Noa + 2» —le dije a Julita.
—Yo soy el 2 —dijo ella—. Y tú eres el «más».

Cada equipo salía de la puerta donde dormía su carga. Don Antonio nos dio la salida. Vive cerca y no corre.

Mara sacó el teatrillo. Noa abrochó la correa deprisa y lo levantamos. ¡Clac! Un panel se abrió.
—Al suelo —dije.
Nadie discutió. Noa abrochó otra vez la correa, despacio, en el tercer agujero. Tiró dos veces.
Don Antonio bajó su boina: la bandera de salida.
—Con calma —dijo—. Así se llega.



Tramo uno. Julita orientaba.

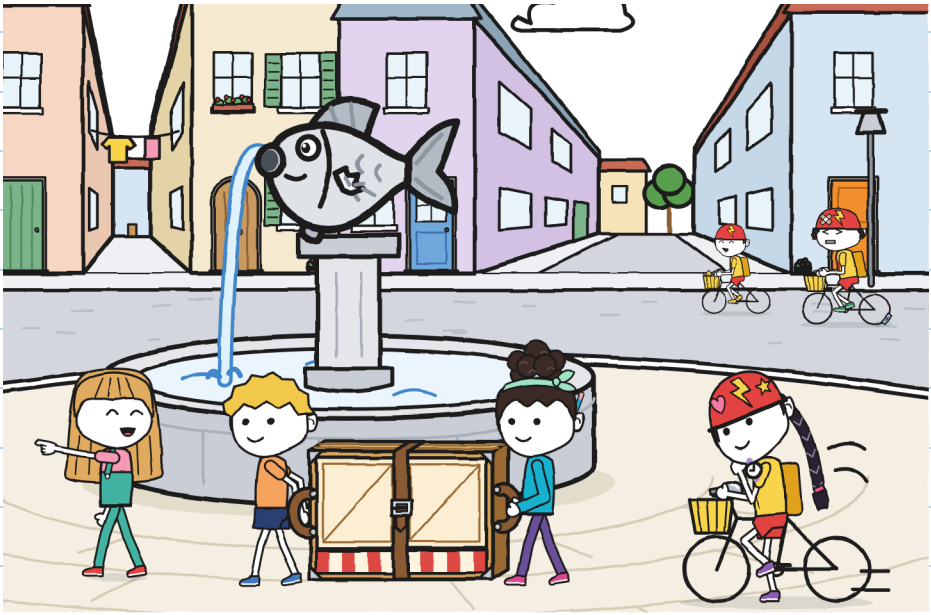
—Cinco pasos... ¡Giro a la izquierda!

—¡Correa!

Girábamos despacio alrededor del pez cojo y ocupábamos la esquina. Llegó Zoe en la bici. Iba la primera. Frenó y puso un pie en el suelo.

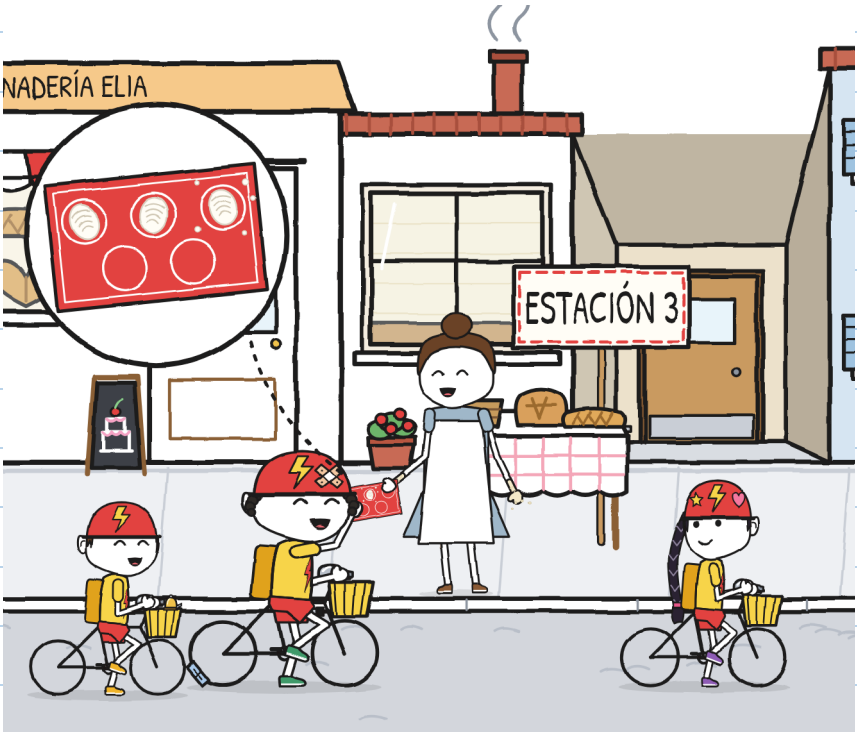
—Pasad vosotros. Con eso no se corre.

Zoe esperó hasta que salimos de la curva. Luego se fue. Fuimos delante veinte segundos. Los midió ella misma.



En cada estación sellaban una tarjeta. En la panadería, Elia sellaba con el pulgar lleno de harina.

RAYO nos pasó tres veces, siempre por otra calle. Toño iba con las dos manos en el manillar y tocaba la campanilla en las esquinas. Bruno llevaba el sobre. Zoe esperaba en cada estación. No tocaba la tarjeta hasta que llegaban los tres.



En el tramo dos nos adelantó el coro, con su atril. Corrían. Sonó el silbato de Irene y volvieron a la fuente, cantando bajito.

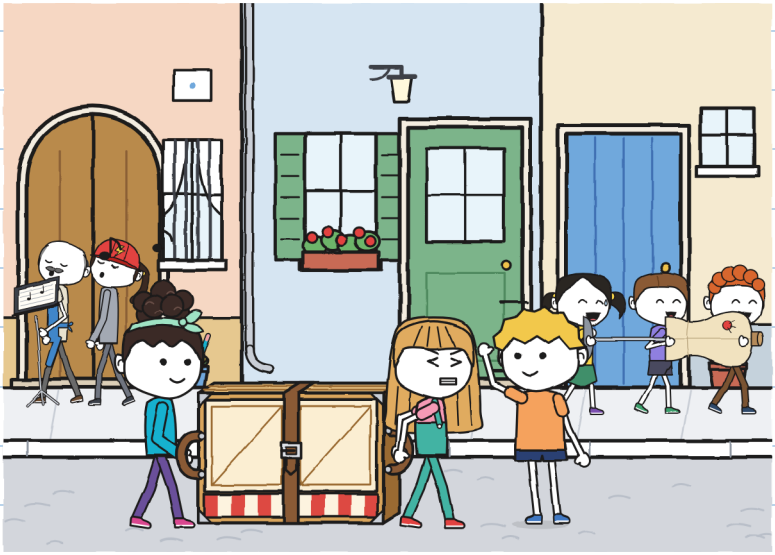
Nos adelantó el ajedrez. Nos adelantó hasta el maniquí.

Julita no corrió. Bueno: un pie se le fue. Lo trajo de vuelta.

—¿Importa llegar primeros?

—La etiqueta no dice «primeros» —dijo Noa—. Dice «plegado».

—Bordillo —dije yo.



Tramo tres. Noa orientó hasta la cancela. Allí dejamos el teatrillo en el suelo.

—¿Quién abre? —preguntó Julita. Y esperó.

Señalamos los tres a la vez, al mismo sitio. Noa señaló la cancela. Julita, la cancela. Yo, la cancela.

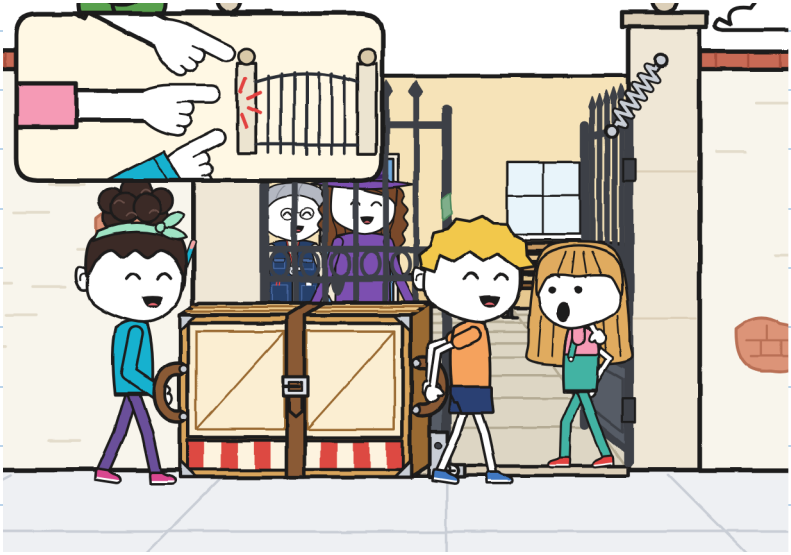
Nos reímos: así no se decide quién.

—Tú —dijimos Noa y yo. Y Noa se puso en su asa.

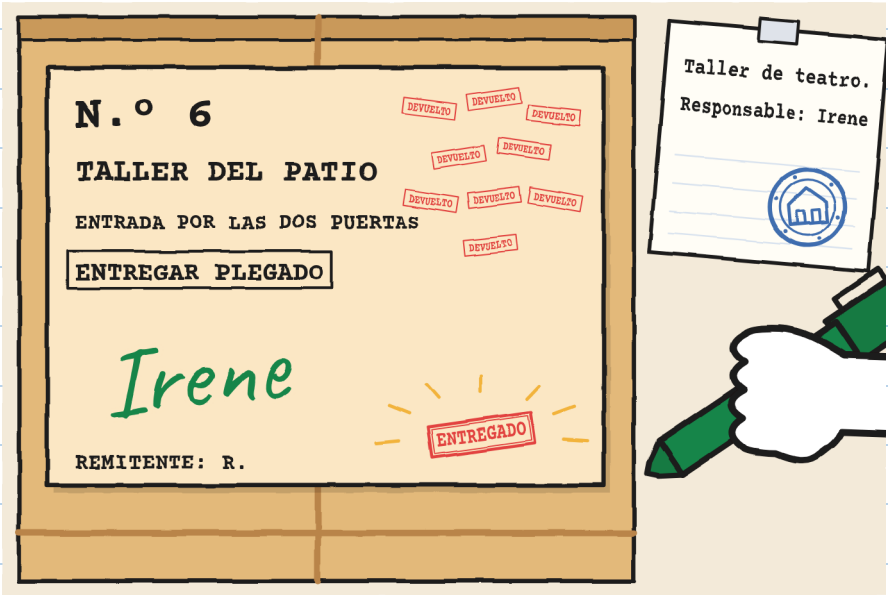
Julita sujetó la cancela con la espalda y las manos.

—¡Alto! ¡Sujeto la hoja! ¡Pasa!

Pasamos. Plegado. Entero.

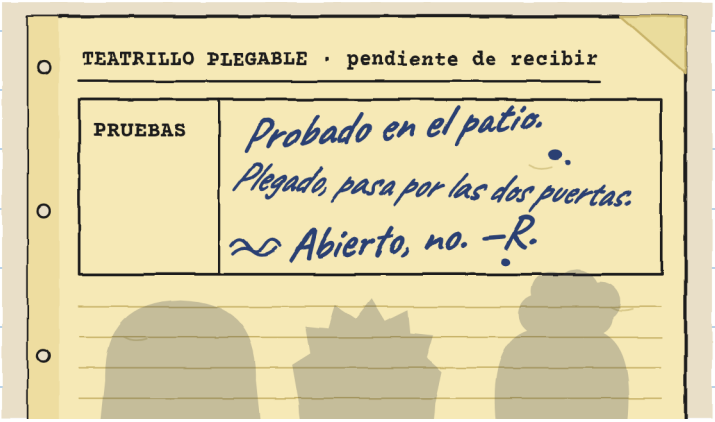


—Cuarenta y un minutos —dijo Irene.
RAYO tardó catorce minutos. Los tres estaban sentados junto a las bicis, sin sudar.
Mara vino con la caja bajo el brazo. Irene miró el teatrillo, plegado en el suelo del patio, con la correa en su sitio. Enseñó a Mara la hoja del registro. Julita dio a Irene el rotulador verde.
—Me sirve —dijo Irene. Y firmó en la etiqueta.



En la etiqueta apareció la palabra ENTREGADO.
Nadie la escribió.

Irene abrió el inventario, la lista de cosas del centro. El teatrillo ya tenía página, con una línea antigua y muy mala letra.

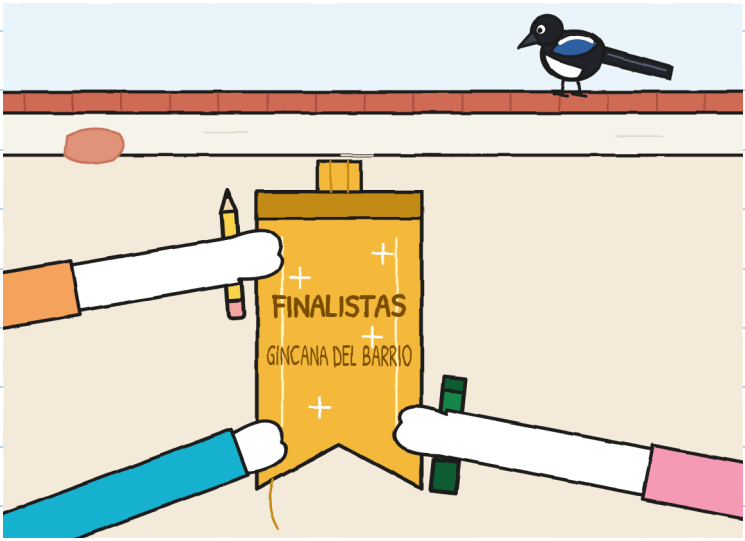


—Es de antes de mí —dijo Irene—. No sé quién es.
—Nosotros tampoco —dijo Julita—. Pero vamos sabiendo cosas.
R. estuvo en ese patio. Probó el teatrillo antes de mandarlo. Esta vez midió las dos puertas: la cancela y la antigua.

La puerta de Elia. Las dos del patio. Mide puertas. Lo guardo para la ficha. —J.

Ganó RAYO, sin repetir ningún tramo. El premio era un pan grande de Elia, con un 1 de harina. Zoe lo partió en tres. El de Bruno era igual que el de Zoe.

Irene dio una cinta a los equipos que llegaron con la carga entera.



—Finalista es el que llega el último —dijo Julita.
—Es el que llega al final —dijo Noa.
—Llegamos los últimos al final —dije yo—. Las dos valen.

—Ya está aquí —dijo Irene—. Lo usamos por primera vez.
Mara e Irene lo abrieron. Nosotros, detrás.
Teníamos dos minutos para inventar una función.
Noa repartió los papeles. Antes preguntó:
—¿Quién quiere hablar poco?
Levanté la mano.
Miga se soltó de Vera y voló un metro. Se posó en un panel, con la cola colgando delante de la ventana. Ya era una función, y todavía no empezábamos.



La función se llamó «El paquete que no quería entrar». Julita era Mara, con un sombrero de papel. Noa era todas las puertas. Yo era el paquete, en la ventana.
—¿El taller? —decía Noa—. Aquí, costura.
—DEVUELTO —decía yo.
Lo dije nueve veces. El público contaba. A la décima, Noa abrió los brazos, y dije la otra palabra.
Para saludar, nos asomamos los tres. Cabíamos. Apretados.



No se reparte en trozos. Se aprieta uno. —J.

CAPÍTULO 6

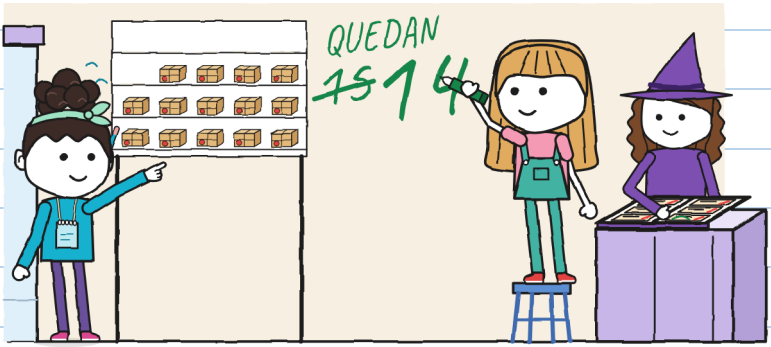
¿Qué queda cuando acaba la prueba?

Por la tarde volvimos a la tienda con la etiqueta. Noa vino también. Julita miró el cartel y luego a Mara.

—¿Puedo?

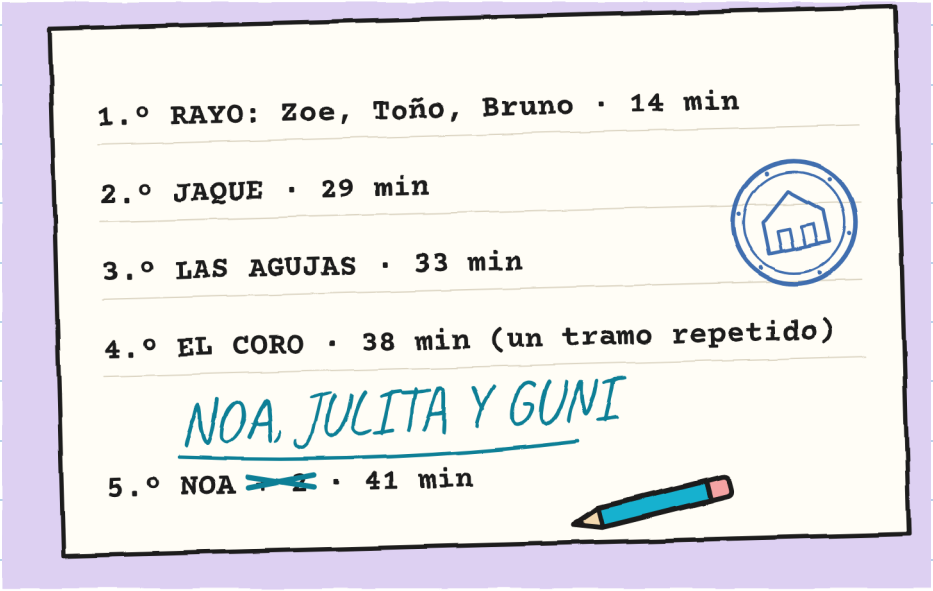
—Es tu cartel.

Julita tachó el 15 y escribió 14, grande. Mara pegó la etiqueta en su libro, con otras cinco.



Noa los contó bajito. Le salieron catorce. Sabe contar. —J.

Toño trajo la clasificación. Yo la apunté en el cuaderno.



La miré dos veces. «Bruno» estaba entero. Sin tachar y sin nada encima.

Noa arregló lo de nuestro equipo con su lápiz turquesa. Nadie se lo pidió.
—El lunes no sabía vuestros nombres —dijo—. Bueno. El de Guni.

Saqué la ficha de R. Tenía once pistas. Añadí una. Toño la leyó. Leyó también su nota, más abajo. No tachó nada.

—Probó el teatrillo —dijo—. Mi campanilla, no la probó.

—Eso no lo sabemos —dijo Julita.

—De mi campanilla no hay ninguna línea en ningún inventario —dijo Toño. Y eso también era verdad.

LO QUE SABEMOS DE R.

?

R.

1-11 (cuadernos 2, 3, 4 y 5)

12. Probó el teatrillo en el patio del centro antes de mandarlo.
Está en el inventario.

PENDIENTE: me debe una explicación.

A mí también. —V.

Gracias. Tarde, pero cabe. —E.

Luego puse el plano en el mostrador. Ya estaba sin doblar.

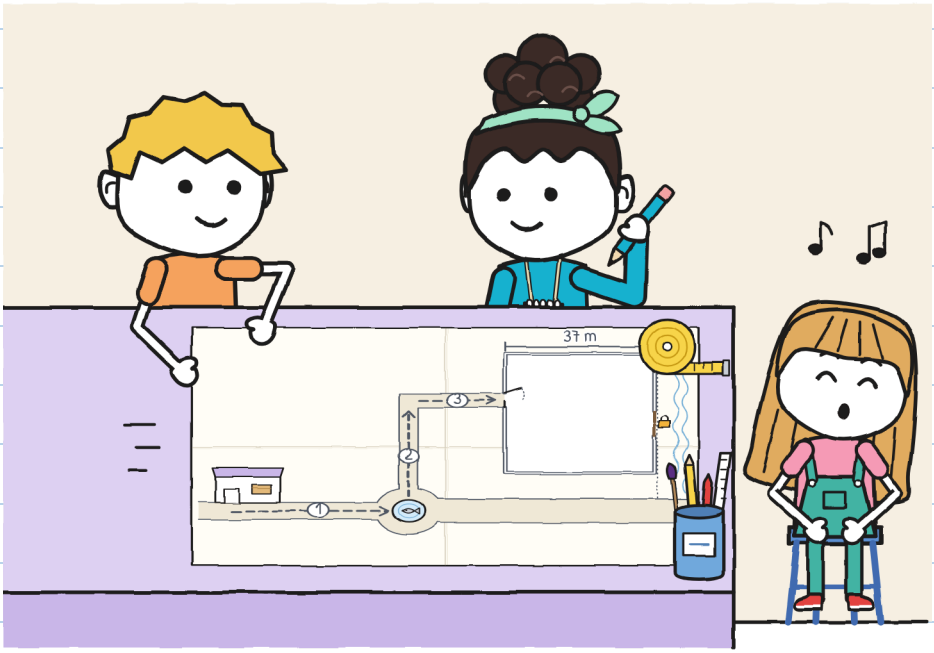
—Falta tu parte —le dije a Noa—. Lo que hay de la fuente para allá. De esas calles solo sé los metros.

Noa miró a Julita. Julita miró al techo: su manera de no meterse.

—¿Puedo pintar en él?

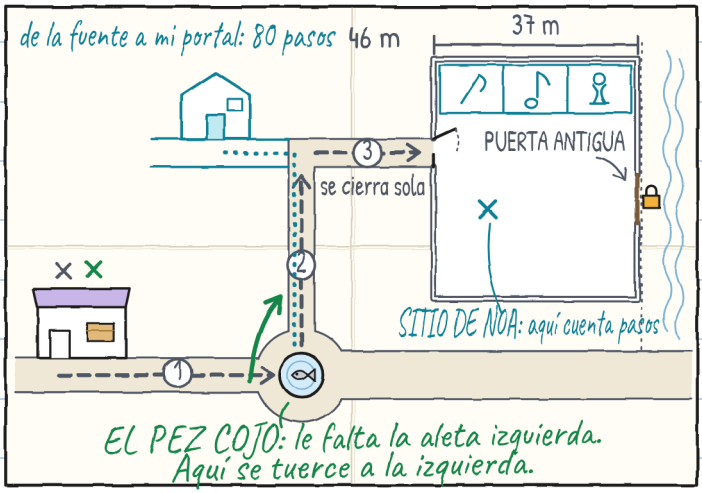
—Para eso te lo enseño.

Noa sacó el lápiz de la oreja.



Noa añadió su calle, el centro por dentro y las distancias en pasos. Yo puse los metros al lado. Julita no pudo esperar más y escribió el letrero de la fuente.

EL PLANO DEL BARRIO (DE LOS TRES)



Mientras pintaban, me contaron la historia del pez cojo. Es larga. No es tan buena como dicen. Pero ahora me la sé.

Es buenísima. Pero la contamos mal: hablábamos a la vez. —J.

Julita llevaba la cinta atada a la muñeca. Ya tenía tres hilos sueltos.

—Si me la quedo yo, el lunes serán solo hilos —dijo—. ¿La guardamos en el cuaderno?

La pegamos en la primera página, debajo de COMPARTIDO, con un trozo de cinta adhesiva en cada punta. La dibujé con sus hilos sueltos. Si se deshace, se deshace. No la voy a dibujar más nueva de lo que es.



Mi cuaderno no cierra tan bien como el tuyo. Por eso. —J.

Noa pasó las páginas hacia atrás, con mi permiso. Llegó a la esquina de las rayitas.

—¿Y esto?

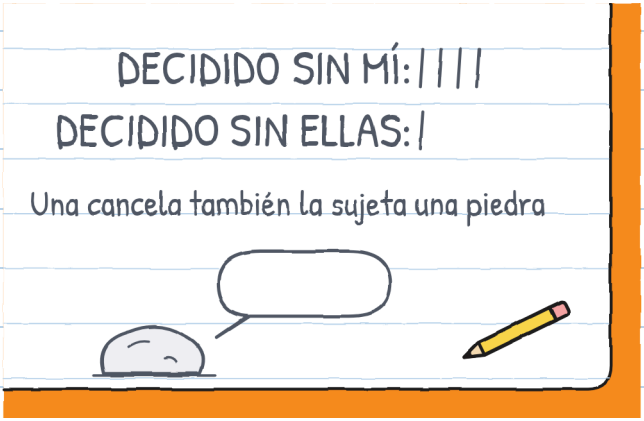
—Una cuenta que llevaba mal.

—¿Y esto otro? —Leyó en voz alta—: «Una cancela también la sujeta una piedra».

—Lo pensé el martes.

—Una piedra no dice «bordillo» —dijo Noa—. Ni «alto» quince veces.

No borré las rayitas. A lápiz se puede, pero no quise.



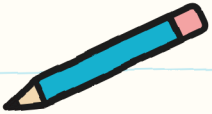
No las borres. Son un poco mías. —J.

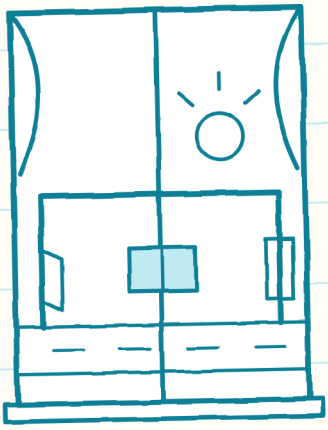
El domingo, al amanecer, vigiló Noa. Vive enfrente del centro. A las nueve trajo una nota a la tienda. Venía contando pasos.

7:38: el teatrillo, en el taller, plegado.

7:44: amanece. No se mueve.

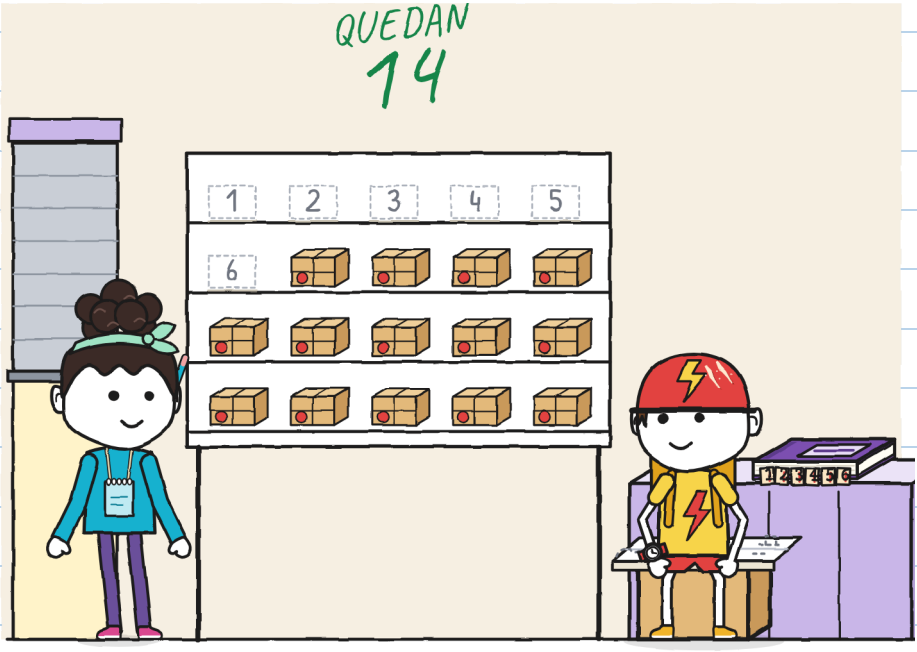
7:50: sigue. Pasos que ha dado: cero. —Noa





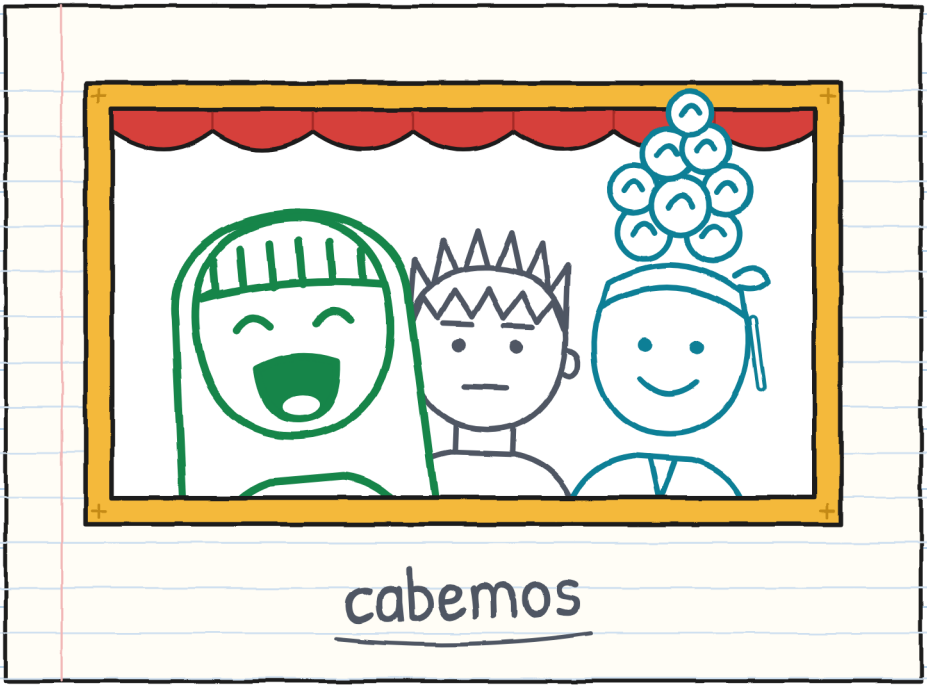
Vigila mejor que yo, cuenta mejor que yo y no hace pan. Dos de tres. —J.

Mara subió la persiana un poco para dejarnos pasar. Dibujé la estantería: catorce paquetes y seis huecos. No hubo que cambiar el cartel.
—Seis —dijo Mara. Y cerró su libro.
Toño estaba en su caja, con el casco puesto, aunque era domingo. Noa se quedó de pie, junto a la puerta. Nadie le dijo «siéntate». Nadie le dijo «vete». Vino porque quiso. Y el lunes tiene ensayo.



Para terminar el cuaderno dibujé la ventana del teatrillo, vacía.

Cada uno se dibujó dentro. Yo, a lápiz. Julita, en verde. Noa, en turquesa. Noa pidió permiso para pintar en mi cuaderno. Julita, no.



cabemos

Compartido es compartido. Lo pone en la primera página. —J.

ENTREGA N.º 6. Tramo a tramo:

TRAMO		QUIÉN LLEVABA	QUIÉN GUIABA	QUÉ HUBO QUE REPETIR
	Tienda → fuente del pez cojo	Guni y Noa	Julita	el giro de la fuente (tres veces)
	Fuente → esquina	Julita y Noa	Guni	nada (pero despacio)
	Esquina → patio	Guni y Julita	Noa	la entrada: el mapa era viejo
	El sábado	los tres	los tres, por turnos	la correa (a la segunda, en el tercer agujero)
	Antes de nosotros	Mara, sola	nadie	nueve viajes
	R.	?	?	no lo sabemos

	CARGAR 	ORIENTAR 	ABRIR PASO 	AVISAR 
1	Guni y Noa	*Julita*	*Julita*	*Julita*
2	Julita y Noa	Guni	Guni	Guni
3	Guni y Julita	*Noa*	*Noa*	*Noa*

Tres casillas. Bueno, cuatro. Tres nombres. Ninguna vacía. —J.

ENTREGAS IMPOSIBLES · 7

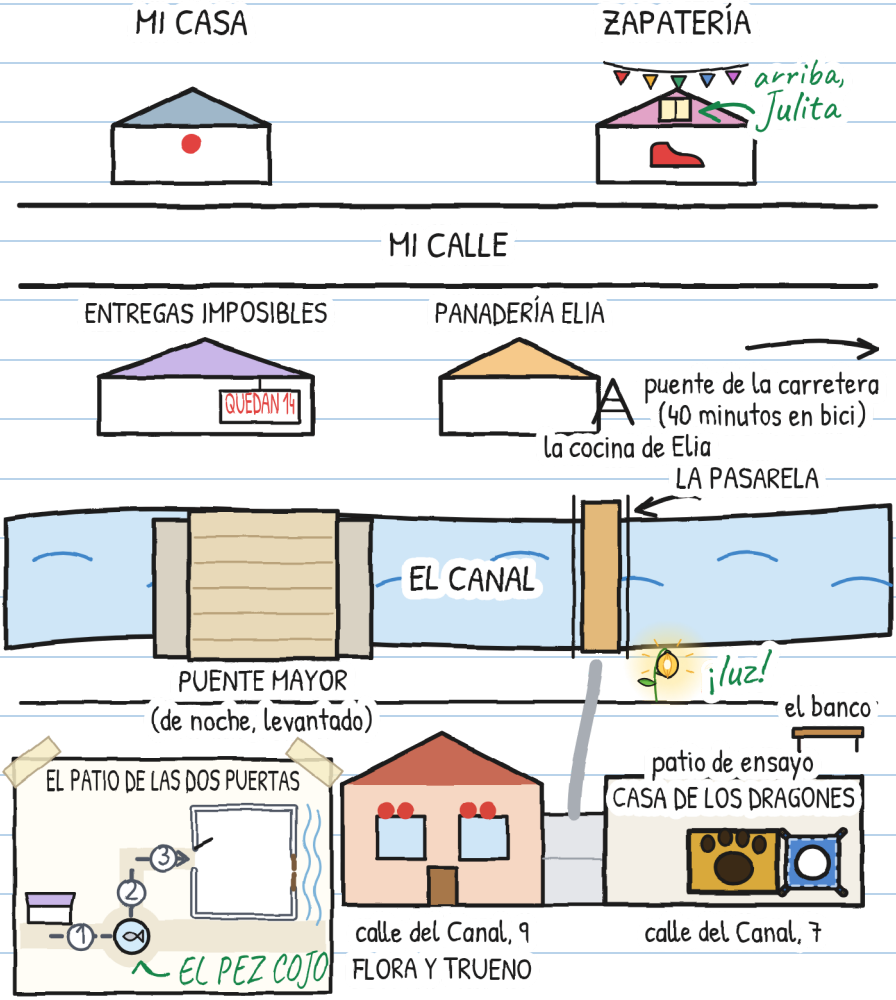
(muy pronto)



Esta vez la etiqueta decía una hora. A esa hora yo ya estoy en pijama.

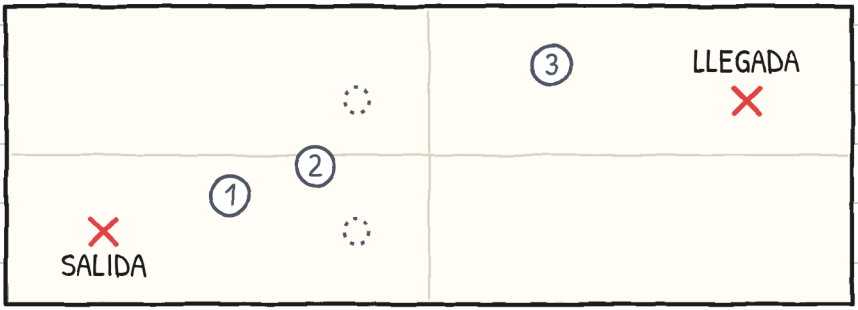
¿Quién está despierto cuando los demás cierran? Aparte de mí. —J.

EL BARRIO (versión 6)



TU TRAYECTO

¿Quién carga? ¿Quién orienta? ¿Quién abre paso? ¿Quién avisa?



EL MEDIDOR DE TRES

	CARGAR	ORIENTAR	ABRIR PASO	AVISAR
tramo 1				
tramo 2				
tramo 3				

Si en una casilla sale siempre el mismo nombre, cámbialo. —J.

UNA HISTORIA, SEIS TALLAS

Hay seis tallas, de 3 a 16 años, y más de 20 lenguas. XXS, XS, S, M y L tienen las mismas páginas y los mismos dibujos. La XL es una novela. Solo cambia cómo se cuenta.

TALLA XXS · PRE-A1
GUNI ESCRIBIÓ UNA PALABRA Y DEJÓ SITIO. ¿VES LA PALABRA «COMPARTIDO»?

TALLA XS · A1
Escribí una sola palabra. Dejé media página libre. No duró libre ni un minuto.

TALLA S · A2
En la primera página escribí una palabra. Dejé media página libre, por si acaso. No estuvo libre ni un minuto.

TALLA M · B1
En la primera página escribí una sola palabra. Dejé media página libre, por si acaso. No duró libre ni un minuto.

TALLA L · B2
En la primera página escribí una sola palabra y dejé media página libre, por si acaso. No duró libre ni un minuto.

TALLA XL · B2-C1
Novela ilustrada · 13+

Niveles del MCER orientativos, para quien aprende español.

Cada uno en su talla. El mismo teatrillo. —J.

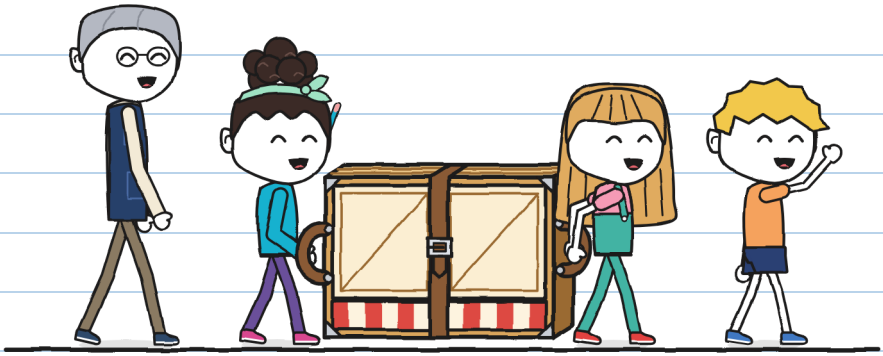
PARA FAMILIAS Y DOCENTES

Trabaja cada capítulo en linguaula.com

TRASLADO DE VERDAD: QUÉ HACER

1. Antes de salir, mira el camino entero.
2. Una persona va libre: abre puertas y avisa.
3. Las manos, en las asas. Lejos de bisagras y cierres.
4. Con una carga no se corre ni se compite.
5. Si alguien dice «alto», paran todos.
6. Primero se deja en el suelo; luego se discute.
7. Lo grande se abre y se pliega entre dos, con un adulto.

El sello SOLO EN EL CUENTO marca lo que puede pasar en un cuento, pero no en un traslado de verdad.



Y si sabes algo del camino, dilo antes. —J.